

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / ABRIL DE 1979

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

Secretario Ejecutivo
Enrique V. Iglesias

Secretario Ejecutivo Adjunto
Manuel Balboa

CONSEJO CONSULTIVO DE PUBLICACIONES

Jorge Viteri	Luis López Cordovez
Oscar J. Bardeci	Roberto Matthews
Oscar Altimir	Michael Nelson
Eligio Alves	René Ortuño
Nessim Arditi	Aníbal Pinto
Robert Brown	David Pollock
Ricardo Cibotti	Alejandro Power
Silbourne S.T. Clarke	Gert Rosenthal
Norberto González	Octavio Saavedra
Jorge Graciarena	Alejandro Vera

COMITE DE PUBLICACIONES

Jorge Viteri	Miembros <i>ex officio</i> :
Oscar J. Bardeci	Octavio Saavedra
Andrés Bianchi	Marta Boeninger
Jorge Graciarena	Jorge Israel (ILPES)
Adolfo Gurrieri	Claudionor Evangelista (CLADES)

Secretario del Consejo Consultivo y del Comité de Publicaciones

Renée Chassagne

PUBLICACIONES DE LAS NACIONES UNIDAS

N.º de venta: S.79.II.G.2

Precio: US\$ 3.00 (o su equivalente en otras monedas)

NOTAS

Las **signaturas de los documentos de las Naciones Unidas se componen de letras mayúsculas y cifras. La simple mención de una de tales signaturas indica que se hace referencia a un documento de las Naciones Unidas.**

Las **denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos que contiene no implican, de parte de la Secretaría de las Naciones Unidas, juicio alguno sobre la condición jurídica de ninguno de los países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni respecto de la delimitación de sus fronteras o límites.**

SUMARIO

Reinventando el desarrollo: utopías de comités y simientes de cambio reales <i>Marshall Wolfe</i>	7
La internacionalización de las economías latinoamericanas: algunas reservas <i>Héctor Assael</i>	43
Política económica: ¿ciencia o ideología? (Primera parte) <i>Carlos Lessa</i>	59
El Mercado Regional Latinoamericano: el proyecto y la realidad <i>Germánico Salgado</i>	87
¿Qué hacer con la planificación regional antes de medianoche? <i>Sergio Boisier</i>	135
Las teorías neoclásicas del liberalismo económico <i>Raúl Prebisch</i>	171
Notas y Comentarios	193
Ecos del XXX Aniversario	201
Algunas Publicaciones de la CEPAL	207

Notas y Comentarios

En el primer aniversario de la desaparición de José Medina

El 13 de noviembre de 1978 se cumplió el primer aniversario de la desaparición de don José Medina Echavarría, distinguido funcionario de la CEPAL y eminente pensador sobre cuestiones latinoamericanas. Con ese motivo, la secretaria de la CEPAL realizó un pequeño homenaje como testimonio del reconocimiento y cariño de todos sus compañeros, durante el cual hicieron uso de la palabra algunos de sus antiguos colegas. Al final de este acto su hija, la señora Nieves Medina Rivaud, descubrió una placa recordatoria que designa con su nombre la sala de reuniones del Centro Latinoamericano de Documentación de la CEPAL.

Las breves alocuciones pronunciadas ese día se vincularon con uno de los problemas que más preocuparon a don José, la relación entre desarrollo y democracia, y pusieron de relieve la profundidad y actualidad de su pensamiento. A continuación se presentan todas ellas en el orden en que fueron pronunciadas.

Palabras de Jorge Graciarena

Séame permitido decir unas breves palabras de introducción a este homenaje a quien con un cariño no exento de respeto llamábamos simplemente don José.

Don José ha dejado un recuerdo imborrable entre nosotros, que el correr del tiempo no ha desvanecido. Todos sentimos la falta de su múltiple y vital ejemplaridad. Lo recordamos como intelectual y pensador fecundo, como hombre reflexivo cuya palabra siempre estimulante y orientadora constituía una guía para nuestro trabajo, lo que lo convertía en un verdadero maestro aun sin proponérselo.

Lo recordamos como compañero y amigo, con su sonrisa perenne, su afabilidad y comprensión profundamente humana ante los problemas de todos.

Y, no menos, lo recordamos como funcionario dedicado y consubstanciado con los elevados ideales de las Naciones Unidas, que intentó realizar con su pensamiento, su conducta y su vida toda. Por eso es que nada parece más apropiado para esta conmemoración que hacer algunas reflexiones en voz alta en la línea de lo que fueron sus más intensas preocupaciones intelectuales de estos últimos años. Lo que es una forma de mantener vivo el diálogo fecundo y enriquecedor que antes nos suscitaban sus palabras y que siempre nos suscitan sus escritos.

Los temas predominantes en el pensamiento más reciente de don José fueron los de paz y democracia en el marco de los procesos de desarrollo de la sociedad. Para él el desarrollo era mucho más que el mero flujo expansivo de la producción económica, y más también que el logro de más altos niveles de consumo y bienestar social.

Más que todo eso, concebía al desarrollo como una posibilidad abierta hacia la paz y la democracia. Sin ser un fin en sí mismo, veía en él la posibilidad histórica de servirles de fundamento.

Es que don José era un humanista profundo y genuino. Porque sólo las reflexiones de un humanista como él dan significado y establecen las conexiones de sentido entre la paz de un orden internacional justo y la democracia de un orden social humano.

Veamos esto en las últimas palabras que publicó, que quisiera recordar en este momento. Son las palabras con que concluyó su trabajo sobre la democracia:

“No debiera olvidarse que todavía perdura en la conciencia ... la resonancia de las serenas palabras de Stuart Mill escritas al término de su ponderado ensayo sobre la libertad: ‘El valor de un Estado, a la larga, es el valor de los individuos que lo componen. Un Estado que empequeñece a sus hombres hallará que con hombres pequeños ninguna cosa grande puede ser realizada’. Una gran convicción del gran clásico del liberalismo ... que exalta el sentido supremo de la política y el valor decisivo de lo humano en la conformación de un orden social perdurable.”

Un orden —continuaría diciendo— cuya meta cabal debe situarse por encima de la preocupación reaccionaria de las posibilidades tecnológicas y de puro contenido material del hombre sobre la tierra. Una civilización está en efecto sin remedio amenazada si sólo prevalece en ella este cuidado por lo instrumental y lo material.

Interpretando su mensaje —y siguiendo el hilo de muchas de nuestras conversaciones sobre estos temas— agregaría que la condición humana ni se realiza ni se agota en su pura materialidad. Hay en el hombre un profundo sentido de justicia que lo inquieta y trasciende y que sólo se realiza socialmente, en solidaridad con los otros hombres y los otros pueblos, en paz y democracia.

Palabras de Marshall Wolfe

Durante los años en que conocí a don José Medina, nunca pensé intentar un comentario de sus obras por el temor de cometer pecados ante los cuales don José manifestaba una permanente aunque cortés repugnancia: la excesiva elaboración sobre lo evidente, o la inconsciente reinención de formulaciones que ya han pasado al dominio público, lo que él en una palabra bautizó una vez como “adanismo”. Don José asumía la obligación de leer y recordar todo lo que se había escrito sobre las cuestiones que abordaba, y esperaba de su lector un esfuerzo semejante. Por ello, empapaba sus

escritos de la presencia de la historia de las ideas y el reconocimiento de sus fuentes, sin despliegue alguno de notas eruditas. Y lo que en una primera lectura tal vez nos pareciera omisión digna de comentario, al releer probablemente lo descubriríamos discretamente mencionado, y luego dejado de lado por demasiado sabido para abundar en él, o como tema para otra discusión.

Por una serie de accidentes históricos, don José se encontró durante más de dos decenios en situación de escribir y de pensar en un medio institucional que pedía respuestas prácticas y ojalá simples para preguntas complejas; que formulaba preguntas en términos que él no habría escogido (por ejemplo, la identificación de "obstáculos sociales al desarrollo económico") y que, por su misma naturaleza, evaluaba las ideas no sólo por su validez intrínseca, sino también por la acogida que podrían brindarle los gobiernos. La tensión consiguiente puede haber sido a veces motivo de frustración para don José y también para sus colegas; sin embargo, en su conjunto fue fructífera tanto para él como para la institución. Lo obligó a escribir bastante más de lo que probablemente hubiera escrito en otras circunstancias, dada su modestia y su tal vez excesiva conciencia de la dificultad de decir algo a la vez original e importante. Lo obligó también a abordar temas que, como la planificación para el desarrollo, rara vez han sido tratados desde tan amplia perspectiva sociológica y filosófica. Para la CEPAL y el ILPES, la renuencia de don José a simplificar o a dar recetas de desarrollo, su enfoque crítico de las pretensiones de las diversas disciplinas y de las novedades metodológicas o terminológicas, así como su modo de confrontar las aspiraciones de desarrollo con las realidades históricas y simultáneamente con los valores permanentes de la libertad y de la democracia, significaron un correctivo muy necesario frente a las diversas tentaciones de originalidad superficial, conformismo y dogmatismo.

Los tres trabajos que escribió don José durante el último año de su vida sitúan el futuro de América Latina en una perspectiva histórica mundial. Como es característico en él, reconoce que diversas corrientes de pensamiento, incluso las catastrofistas y las utópicas, realizan aportes legítimos a la interpretación; sin embargo, deja de lado la probabilidad de una catástrofe generalizada, o de súbitas y generales transformaciones positivas de las sociedades nacionales o del orden mundial.

Estos trabajos —cosa rara en la mayor parte de los estudios sobre 'otro desarrollo' o nuevos órdenes económicos internacionales— revelan plena conciencia de que está en marcha un gran juego en que los protagonistas usan a los pueblos y a los países como peones, utilizando sus formas de subsistencia y sus libertades como argumento de propaganda, haciendo entrar a la fuerza su desarrollo dentro de moldes que responden a los intereses conscientes o a los dogmas ideológicos de los jugadores. Sin embargo, los trabajos señalados no se dedican a denunciar esta realidad; tampoco afirman que sea la única dentro del orden internacional, ni exigen su

rápida y completa eliminación como requisito previo para un auténtico desarrollo. Lo que hacen es ofrecer esperanzas de cambios en el juego, cambios hacia una 'distensión cooperativa' y una paz estable, y que amplían la gama de opciones abierta a las sociedades nacionales de todas clases. Sin embargo, sugieren lo improbable que es el surgimiento de un orden mundial ideal. La 'distensión cooperativa' abrirá el camino a diferentes expresiones de ideologías e intereses, menos peligrosas para la humanidad en su conjunto, pero no necesariamente más fáciles de manejar para sociedades como las latinoamericanas. Sin llegar a la exhortación, los trabajos dicen implícitamente que los hombres de buena voluntad han de resignarse a luchar por la paz, por la democracia y por el desarrollo con un mínimo de ilusiones y un máximo de comprensión de las tendencias históricas reales, y de las fuerzas reales que entran en pugna en el mundo. También dan a entender que los hombres de buena voluntad no alcanzarán esa comprensión sin antes poner a prueba sus propias convicciones mediante un estudio serio de una amplia variedad de diferentes interpretaciones de lo que está sucediendo.

En esas páginas, la visión de la democracia está también empapada del respeto a la legitimidad de lo real, de una negativa a identificar la adhesión a valores permanentes con el purismo doctrinario. Don José había vivido lo suficiente, y había observado suficientes vuelcos de la fortuna, como para sospechar que el mundo jamás sería un lugar seguro para la democracia, ni tampoco para alguna de las alternativas distintas a la democrática. En sus escritos, la democracia pluralista aparece como un fenómeno históricamente condicionado que se encarna en instituciones propensas a la deformación, permanentemente precario, probablemente incapaz de lograr una transformación rápida y planificada hacia concepción alguna de la Buena Sociedad, pero susceptible a los estímulos o trastornos originados en esas concepciones, probablemente destinado a resurgir, tras cada derrota y cada negación, como reflejo imperfecto de permanentes aspiraciones humanas. A don José no se le habría ocurrido jamás afirmar, como lo hacen diversas declaraciones internacionales, que la democracia o el desarrollo sólo serán realidades cuando cada ser humano goce de todos los derechos que tales declaraciones sustentan; sin embargo, sus rasgos de escepticismo no disminuían en nada su aprecio por toda lucha destinada a alcanzar ese objetivo.

Palabras de Aldo Solari

Como recordaba Marshall Wolfe hace un momento, una de las constantes preocupaciones de don José era la de la dificultad de decir algo que tuviera algún sentido innovador, que significara algún aporte real; preocupación muy explicable cuando se tiene, como él tenía, plena conciencia de la enorme acumulación de pensamiento sobre las más variadas materias. Por eso, quizá

sería mejor no decir nada. Pero en la necesidad de hacerlo, quisiera simplemente recordar algunas cuestiones que tienen que ver con el diálogo que don José mantuvo durante toda su vida con el problema de la democracia.¹

Si bien es cierto y probablemente no casual, que en sus últimos meses de vida escribió una serie de trabajos sobre la democracia, también lo es que las cuestiones acerca de ella estuvieron presentes en todos sus escritos y que le preocuparon, durante toda su aventura intelectual, el problema de la relación entre la democracia y el desarrollo económico, el de su relación con la planeación, como el preguntarse sobre la naturaleza misma del régimen democrático. Y de esa vieja y constante preocupación dan testimonio incontables textos como 'Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico', que ya tiene muchos años, donde se afirma que no hay propiamente Estado sin la primacía del poder civil.

Si se examinan muy breve, sumaria y si se quiere demasiado simplificada, algunas de las ideas básicas de don José respecto al problema de la democracia, diría que se encuentran elementos que tienen que ver con una postulación analítica junto a otros que implican claramente una postulación valorativa.

Existe una postulación analítica que remite a la experiencia histórica que para Medina siempre fue tan decisiva, que insiste, como se hace en algunos textos, sobre el hecho de que la democracia, o su justificación y su legitimación, es anterior e independiente a todo el problema del desarrollo económico y al avance del capitalismo para la creación de la sociedad industrial; que enfatiza la tradición latinoamericana en la materia, heredera de una tradición occidental acerca de la democracia; que concibe al Estado como siendo, entre otras cosas, el lugar en que se confrontan una serie de intereses y de aspiraciones de carácter plural, que a su vez llevan a la necesidad de optar, de asumir alguna de esas líneas de confrontación y tomarlas como decisión, aunque sea provisoria, de la sociedad a través del Estado. Y de allí las ideas, que sólo voy a recordar aquí, sobre lo que podría llamarse la afinidad electiva entre la planificación y la democracia.

La idea esencial es que no hay régimen mejor o más apto para la planificación que la democracia y que, al mismo tiempo, ningún instrumento puede, como la planeación, servir tan bien a la democracia, en tanto que ésta requiere de mecanismos que permitan lograr opciones racionales, como un momento superior que es

de la vida social, y sólo ella puede brindar los mecanismos de participación en las decisiones y en la ejecución de las mismas que hagan del proceso planificador un componente real de la vida social. Y es en este punto, creo, que las consideraciones analíticas se unen a las valorativas.

Es muy evidente que si en don José hay un diálogo con la democracia, hay también un diálogo constante sobre el problema de la razón y el de la naturaleza de la razón.

En definitiva, la utopía democrática supone que las sociedades racionales son posibles y que un sistema como el democrático tiende a afirmar a la racionalidad social volviéndola sistemática. Esto supone, entre otras cosas, la más amplia información, la más amplia participación y la más amplia capacidad de confrontación de intereses y de ideas diversas. Y, en ese sentido, la democracia es el sistema que está más cerca de las exigencias de la racionalidad. Pero ésta puede tener sentidos muy distintos. Por un lado, se puede poner a la democracia al servicio de otras racionalidades; es decir, como razón instrumental, se la puede considerar el instrumento más eficaz para obtener el desarrollo económico o para alcanzar otros objetivos de tipo análogo. La idea de Medina, que pensó mucho sobre este problema del desarrollo económico y la democracia, es que por último la democracia no se justifica porque es un régimen paralelo o que acompaña o que favorece al desarrollo económico; no es un régimen que se legitima por la razón instrumental, aunque tampoco excluye esa posibilidad, sino que es un régimen que se justifica en el plano más profundo, por la razón práctica. En definitiva, es sobre la existencia de un sistema de valores asumido como el mejor posible que descansa la democracia y, en ese sistema de valores, la expansión de la racionalidad es uno de los elementos fundamentales que descansa, por último, en el reconocimiento del hombre, en todo hombre y por todos los hombres. La democracia es, como toda racionalidad, un esfuerzo de creación y también un esfuerzo de aprendizaje constante. Por eso es que de los textos de Medina y de cualquier conversación que se haya tenido con él, surgen muy claros cuáles y quiénes son los enemigos de la democracia, aunque a veces lo ignoren ellos mismos. Son el dogmatismo, la intolerancia, el espíritu tecnocrático, todos los que creen, en fin, que tienen una verdad revelada o no revelada, pero en todo caso indiscutible, para resolver los problemas de la sociedad humana. Y es también muy claro que existe una doble dimensión de la democracia, que es en el fondo una distinción puramente analítica: la democracia como vivencia individual y la democracia como comportamiento colectivo. En lo esencial estas dos dimensiones son una sola o constituyen dos caras de un mismo fenómeno. No hay democracia si los individuos que componen la sociedad no son capaces de la racionalidad necesaria para actuar en la democracia, si no tienen capacidad de tolerancia y el espíritu de libre discusión que ella requiere. A su vez, el

¹He dejado de lado, en esta breve exposición, cuestiones muy importantes sobre la persona y el pensamiento de Medina, que solo o en colaboración con otros he examinado largamente en Aldo E. Solari, Rolando Franco y Joel Jutkowitz: *Teoría, Acción Social y Desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, 1976, que los autores dedicamos a don José y, en Aldo Solari, Compilador: *Poder y Desarrollo en América Latina. Estudios sociológicos en homenaje a José Medina Echavarría*. Fondo de Cultura Económica, México 1977. Introducción (pp. 7-47).

sistema debe ser capaz de organizarse formando a los individuos para que se acerquen al máximo de la racionalidad. Al mismo tiempo, en tanto que los individuos son capaces de acercarse al máximo de la racionalidad posible, hacen más pleno ese sistema de vida social y al hacerlo se crea un proceso que no tiene fin de mutua causación. Medina no ignoraba, por cierto, que en esta concepción la democracia aparece también como una imperfección necesaria desde que la plena racionalidad de los hombres y la acabada existencia de una sociedad de hombres libres y racionales es una aspiración utópica, en el mejor sentido de la palabra, a la cual sólo podemos acercarnos sin alcanzarla jamás, puesto que a medida que nos acercamos, ese mismo proceso va poniendo en descubierto nuevas exigencias. La democracia es un régimen que existe, pero que nunca está plenamente dado. Aunque pueda parecer paradójico, no es algo cuya meta está fijada de antemano —sino solamente como dirección, no como llegada. Y es por eso que la democracia implica una imperfección necesaria, un esfuerzo constante por ir realizando algo que tiene una naturaleza utópica y que en esa naturaleza utópica encuentra su mejor legitimización, pues sólo en ese régimen y en esa utopía es posible la plena realización humana, cuya frustración es, en cambio, inevitable en todos los demás.

Palabras de Adolfo Gurrieri

Cuando uno lee los escritos de don José tiene la inevitable impresión de estar ante el producto de un intelecto pleno de matices, abierto a las preocupaciones más variadas y siempre dispuesto a la digresión insinuante, sugerente. Esa impresión corresponde a la cara externa del tapiz que tejó sin descanso durante muchos años; variado, colorido, cambiante en su materia y en su estilo.

Esa es la cara externa de su tapiz intelectual. Pero si se lo observa con detenimiento, se verá el revés de la trama, se advertirá que detrás de los cambios de materias y de estilos, de los coloridos estéticos y de las digresiones eruditas, existe una línea de pensamiento que hilvana todos sus trabajos, pues todos ellos son variaciones sobre un tema principal.

¿Cuál es ese hilván, esa hebra que une de manera sutil todos sus afanes intelectuales a lo largo de su vida? A mi juicio, y en pocas palabras, es el papel de la razón en la vida humana.

Don José era un hombre formado en la crisis, penetrado por la crisis profunda de la primera mitad del siglo. No sólo por la crisis económica, sino por la social, cultural y política; por la transformación de las formas de vida, de los esquemas de pensamiento y de los modos de organización política.

Esa conciencia de la crisis fue el punto de partida de su pensamiento y siempre constituyó su telón de fondo. Y es en medio de ella que pregunta "el estado, ya intolerable, a que ha llegado nuestra civilización ¿es susceptible de una cura racional o hay que abandonarse

sin esperanza al propio juego de las fuerzas ciegas? ¿cómo entendernos en medio de este caótico desorden? ¿cómo reanudar nuestra historia sin convulsiones destructoras?"

Y contesta que una reconstrucción de la sociedad es a la vez necesaria y posible, y que en esa reconstrucción la razón debe jugar un papel fundamental. Y al decir la razón quiere decir los intelectuales, que deben ser sus portavoces por excelencia. Sobre ellos recae esa pesada obligación, la inevitable 'responsabilidad de la inteligencia', como la llamara en uno de sus primeros libros.

La razón debe jugar un papel fundamental en la reconstrucción de las sociedades en esta época crítica, pero ¿qué debemos entender por razón?

En sus primeros escritos don José deposita una confianza muy grande en la razón científica. Acepta que la ciencia se construye por medio de un 'método' y una 'actitud' que se basan en una concepción de la razón que denomina formal o instrumental. La razón formal, concebida como capacidad subjetiva del intelecto, nos puede ayudar a dominar el mundo natural y humano, a seleccionar de la manera más eficiente los medios para alcanzar los fines que nos hemos propuesto, a prever las consecuencias de nuestras acciones.

La utilidad de este tipo de razón para la cura racional de la sociedad es considerable, pero pronto advierte don José sus limitaciones y peligros. Su limitación fundamental consiste en su pregonada 'neutralidad valorativa'. Pues esta razón formal jamás nos permitirá conocer el 'sentido' del mundo en que vivimos, su verdadero ser; ni nos podrá indicar lo que debemos hacer. El conocimiento 'objetivo', la verdad 'absoluta', la realidad 'esencial', los valores 'deseables' son entes elusivos, esquivos, que no pueden ser atrapados por la razón formal. Entonces, ¿puede resultarnos suficiente la razón formal si no nos orienta en lo que debemos hacer?

Además, la razón formal encierra un grave peligro que consiste en que después de haber separado hechos y valores, teorías y decisiones normativas, y haber colocado la elección entre fines en el dominio de lo irracional, exceda sus límites e imponga el principio de la eficiencia a una sociedad desorientada.

Consciente de las limitaciones y peligros de la razón formal, don José explora otras corrientes filosóficas y así se acerca a la razón material. Para esta concepción, la razón no es sólo un poder del intelecto humano, sino un principio inherente a la realidad, presente en el mundo objetivo natural y social. La comprensión adecuada de la razón material le permitirá al hombre alcanzar no sólo el conocimiento del verdadero ser, de la naturaleza real de las cosas, sino, además, obtener los criterios que le permitirán una recta conducción de su conducta. Actuar de manera racional significa, para esta concepción, hacerlo en armonía con ese orden más vasto en el cual el hombre y sus fines están incluidos.

Los dos tipos de razón son necesarios, pero ambos

tienen sus virtudes y defectos cuando se los concibe como principios cognitivos y políticos.

La concepción de la razón formal ofrece un camino de tolerancia y de esfuerzo para alcanzar una verdad provisional a través de la experiencia. Impugna las ideas innatas, la revelación, los principios evidentes por sí mismos y afirma el predominio de la razón experimental.

La razón formal es un disolvente de todos los dogmatismos, pero se abstiene en el plano de los valores y de las decisiones éticas y políticas, subordinándose a la libre expresión de la voluntad. Esta 'neutralidad valorativa', que para sus adeptos es la garantía de la libertad, para sus críticos es su defecto fundamental, pues implica replegarse ante el decisivo problema de la elección de fines y dejar paso no a la libertad, sino al irracionalismo. Medina ha visto con angustia el espectáculo de grupos y clases que se destruyen entre sí por su incapacidad para alcanzar un acuerdo sobre fines —como en la República de Weimar y en la España de la guerra civil, para citar sólo dos ejemplos que pesaron mucho sobre él— mientras muchos intelectuales, en medio de esta lucha, se abstienen de ofrecer soluciones aduciendo que respetan la neutralidad valorativa de la razón formal: y es por ello que no puede tener dudas sobre el peligro de concebirla como el único tipo de razón posible. Cuando la libre expresión de los intereses individuales lleva a la armonía social, como creía el liberalismo económico originario, sólo hace falta una razón formal que permita a los hombres alcanzar los fines que libremente se han propuesto de la manera más eficiente; pero cuando el conflicto de intereses individuales y sociales no lleva a la armonía sino al caos y a la anarquía, la razón formal no es el instrumento adecuado para superar la crisis.

La concepción de la razón material reaparece una y otra vez, en diversas formas, en el pensamiento occidental para cubrir el tremendo vacío dejado por la razón formal en el plano de la decisión racional sobre los fines. En cubrirlo de manera adecuada consiste su gran promesa, pero Medina no ignora que ella contiene siempre el mismo peligro que la razón formal vino a aventar: la razón material puede encubrir, como si fueran conocimientos y decisiones racionales o científicos, lo que es el producto de simples determinaciones irracionales e interesadas. La historia de los pasados y presentes totalitarismos, con sus doctrinas pseudocientíficas justificadoras, avala sobremanera a los que observan con suma cautela el despliegue de la razón material. ¡Cuántas doctrinas políticas creen poseer la verdad absoluta! ¡Cuántas sostienen que su razón les brinda los medios para alcanzar la verdad definitiva, de la cual derivan no sólo el conocimiento objetivo de la realidad, sino también los principios para orientar la acción! El corolario epistemológico más común de esta concepción, que cree alcanzar la verdad absoluta, es el dogmatismo, y el corolario político suele ser el absolutismo; si estamos seguros de poseer la verdad ¿por qué no

imponérsela a los demás, que guiados por su interés u obnubilados por la ignorancia no quieren verla tal como es?

En sus muchos años de reflexión sobre el tema Medina enfrenta una y otra vez los problemas involucrados en los dos tipos de razón, siempre en la procura de los medios más adecuados para orientar racionalmente la vida social.

Al principio depositó su confianza en la racionalidad de la ciencia; más tarde, cuando admitió los límites de ese tipo de racionalidad —por su inevitable 'neutralidad valorativa'— intentó integrarla con la racionalidad material, pero insertando a ésta en un ámbito donde fuesen posibles la discusión y el acuerdo racionales, no sólo de la relación formal de los medios con los fines sino de los fines mismos.

Así va configurando su propuesta de la planeación democrática del desarrollo. La elección de los fines del desarrollo tiene que ser alcanzada a través de un proceso racional de discusión, contrastación y quizás combinación de las diferentes opciones; las instituciones democráticas ofrecen el ámbito más apropiado para ese proceso de elección, si se quieren evitar los peligros autoritarios que siempre acechan al despliegue de la razón material.

Decididos los fines del desarrollo de modo democrático, la planeación constituye el instrumento más idóneo para alcanzarlos, la expresión más adecuada de la razón formal en el desarrollo.

Pero, al proponer Medina la necesidad de combinar ambas racionalidades, en su propuesta de la planeación democrática, y al analizar las condiciones económicas y sociales en que ella puede vivir y desarrollarse, sabía que se encontraba en el centro de su propia utopía cognitiva y política. La conducción racional de los asuntos humanos es posible, ya que pueden alcanzarse decisiones racionales en los planos técnico y político, pero es imprescindible crear las condiciones que permitan el predominio y funcionamiento continuado de ambas racionalidades. Sin esas condiciones, y pese a todos los esfuerzos y esperanzas de Medina, seguirá 'encrepada la ola de irracionalidad que nos inunda'. Los destinos de la democracia y el desarrollo están unidos al destino de la razón.

Palabras de Enzo Faletto

Todos los que han tenido que referirse —y en especial en el último tiempo— a la obra de don José Medina, han destacado su constante preocupación por el problema de la política, y más particularmente por el tema de la democracia. Preocupación que no es sólo un afán intelectual, sino que está profundamente arraigado en personales y las más de las veces dolorosas experiencias. Baste citar dos: el colapso de la República de Weimar y, la más personal, la guerra civil española.

No obstante, es lo propio de don José el haber ligado constantemente esa experiencia y preocupación

por España y Europa, con un intento, decisivo para muchos de nosotros, de desentrañar la suerte de este continente latinoamericano.

Preocupación por Europa, preocupación por España y preocupación por América Latina, donde a la pasión por sus destinos se une el rigor intelectual propio del afán de comprender.

Quieran ustedes disculpar un personal recuerdo; hace ya bastantes años, en el momento de decidir la dedicación a esto que llamamos sociología, me dijo don José directamente: Parece que está usted dispuesto a meterse en el infierno; ¡hágalo, pero con los ojos abiertos!

Las notas de preocupación que tantas veces se transparentan en sus temas, no le impidieron nunca tener los ojos abiertos, y es por eso que siempre era dable encontrar en lo más espinudo y difícil, un principio de esperanza.

Sus últimos escritos, que aquí comentamos, relativos al futuro de las democracias, están como casi todos marcados por ese tono.

Rasgo también decisivo fue siempre su penetrante sentido de la Historia. Los temas que don José planteó, y de los que muchos —por no decir casi todos— somos en este continente seguidores, han sido abordados desde esa perspectiva. Es de él que hemos tomado la idea de la originalidad histórica de la Democracia.

En sus palabras, "El Estado constitucional moderno, como su posterior estructura democrática, se desenvuelve y toma cuerpo histórico sin relación esencial con las concepciones concretas del sistema capitalista y por consiguiente que lo mismo el Estado de Derecho, como la concreción institucional de las aspiraciones igualitarias de la democracia no han sido formuladas ni definidas en función de lo que ahora llamamos desarrollo económico. Las garantías de los derechos individuales públicos y privados anteceden históricamente a las preocupaciones por el crecimiento del sistema económico".

Y más adelante: "La historia europea es a este respecto ejemplar, pues la pobreza no impidió no sólo la aspiración apasionada por la democracia sino el mejoramiento paulatino de su implantación".

Para subrayar con fuerza después: "Ni el Estado de Derecho ni la democracia pueden reducirse a su pura instrumentalidad y si quizá nuestra época no permite un retorno a la prístina justificación de uno y otra, al menos parecería necesario aprovechar lo que aquí todavía persiste vivo de esas creencias con los distintos sentires nacionales... y poner en marcha una renovación de la 'voluntad' política abierta a la protesta dolorida de innecesarias frustraciones, es decir que 'quiera' situar de nuevo los fundamentos de la legitimidad democrática más allá del racionalismo instrumental, en los valores supremos de una convivencia humana con auténtico sentido para el hombre y su comunidad".

Pero también hemos querido recoger una de sus constantes preguntas: ¿cuál es el grupo o clase social

capaz de proponerse a sí mismo, y a los demás, semejante tarea?

Y a su aliento y apoyo intelectual debemos lo que es el propósito de algunos de nosotros en este momento; reencontrar en la historia de los movimientos populares de nuestros países el soporte social de la democracia.

Porque si la democracia ha sido acusada de unilateral y falsa, la intención de los movimientos populares consiste precisamente en superar esa unilateralidad y falsedad. Pero esto obliga a conservar la aspiración democrática y operar con ella.

Es de la historia de América Latina que los sectores populares hayan pretendido introducir una forma de convivencia democrática en la sociedad, haciendo el intento simultáneo de encontrar el sentido de la democracia en su propia existencia.

Es a través de sus acciones y comportamientos que los sectores populares han planteado plenamente el *sentido* de la democracia, y en términos más amplios, el sentido de la historia de nuestros países. Lo que supone su existencia como seres históricos y no como simple masa.

Si se quiere pensar, como hoy es urgente, en una alternativa democrática en donde los sectores populares tengan una participación activa y creciente, se impone la recuperación de la historia desde una perspectiva popular. Es necesario volver a comprender la historia en términos tales que los sectores populares no sean reducidos a objetos de la misma, sino sujetos de ella.

En palabras de don José: "El sentido supremo de la política y el valor decisivo de lo humano en la conformación de un orden social perdurable, constituye la meta cabalmente futuroológica, hasta el punto de situarla por encima de la prospección, en definitiva reaccionaria, de las posibilidades tecnológicas y de puro contenido material —ingreso y recursos— del hombre sobre la tierra. Una civilización está en efecto sin remedio amenazada si sólo prevalece en ella este último cuidado".

*Palabras de Raúl Prebisch**

No cabe duda de que las ideas de Medina penetraron en muchos de nosotros, influyéndonos de manera sutil, casi ambiental. El respeto que provocaba su vasta erudición y su honestidad intelectual se prolongaba a sus ideas, las que siempre merecieron una consideración especial. Pero, por otra parte, ellas no han penetrado en nuestros esquemas de pensamiento con la amplitud y profundidad que merecen. Es más, estoy seguro que muchos en esta casa titubearíamos si se nos pidiese que en pocas palabras resumiéramos el pensamiento de don Pepe sobre cualquiera de las cuestiones fundamentales que lo preocuparon. Muchas razones explican este último hecho, pero hay dos que quiero señalar. En primer lugar, don Pepe, que era todo lo

*Fueron leídas por Enrique V. Iglesias.

contrario a una personalidad imponente, ofrecía el producto de su esfuerzo intelectual con una modestia excesiva y no buscaba tribuna ni foro alguno para difundirlo. Diríase que sus escritos adquirían resonancia a pesar de él mismo, pues le molestaban no sólo los elogios sino hasta las referencias personales.

En segundo lugar, digámoslo con franqueza, muchos de sus ensayos no fueron ni son de lectura fácil para aquellos que no tenemos una formación especializada en filosofía y sociología. Su concepción de la tarea intelectual lo obligaba a rastrear, presentar y analizar críticamente en sus escritos todas las opiniones relevantes al tema que estaba tratando, lo que dificulta grandemente la comprensión al lector inadvertido o a aquel que no está decidido a penetrar con don Pepe en todos los vericuetos a que lo llevaba su curiosidad intelectual.

De todos modos, y cualquiera fuese la causa de los obstáculos a la difusión del pensamiento de Medina, lo cierto es que debemos volver sobre sus escritos para extraer de ellos lo mucho que pueden darnos. La tarea no es fácil, pero la retribución será generosa. Esta tarea la está realizando, por sugerencia mía, Adolfo Gurrieri, que ha penetrado a fondo en el pensamiento de nuestro admirado maestro. Espero que en el 8^o número de la Revista pueda aparecer esta indispensable colaboración de Gurrieri.

De los muchos temas que Medina exploró durante su paso por la CEPAL hay algunos que merecen en especial este reencuentro.

Por un lado, debemos releer con cuidado aquellos primeros escritos cepalinos en los cuales buscó con ahínco sentar las bases de la sociología del desarrollo económico o, más genéricamente, de una concepción integrada del desarrollo. Lo hizo presionado por el tiempo —o por la ‘enfadosa impaciencia’ de los economistas, según escribió en algún lugar— pero su esfuerzo dio frutos que no deben ser abandonados. Yo mismo he llegado al convencimiento de que no podemos conformarnos con una teoría económica del desarrollo y que ella tiene que ser, a lo menos, también sociológica y política.

Por otro, debemos retornar a la cuestión genérica de la relación entre desarrollo económico y democracia. Si se repasan sus escritos, se advertirá que Medina —como muchos de nosotros— se orienta al principio por una gran confianza en la posibilidad de alcanzar el desarrollo económico a través de las fórmulas liberales clásicas —lo que él llama el ‘paradigma weberiano’— para ir inclinándose cada vez más con posterioridad hacia el convencimiento de que ese paradigma había sido invalidado por la realidad del desarrollo periférico, y debían usarse fórmulas nuevas acordes con esa realidad, las posibilidades y aspiraciones de la América Latina.

Asimismo, nunca creyó que la democracia fuera un subproducto del desarrollo económico y menos que fuese fácil de alcanzar. Al contrario, consciente de sus dificultades prácticas, analizó con detenimiento todas las facetas de su crisis. Pero tampoco perdió las

esperanzas y hasta sus últimos escritos siguió pensando en la posibilidad de llevar a la práctica un desarrollo planificado donde los mecanismos representativos fuesen los foros donde se analizan las opiniones y se toman las decisiones. En sus palabras, le habría gustado ver realizado en América Latina “el ensayo de un régimen político parlamentario que fuera al mismo tiempo el órgano eficaz de una planeación económica democrática”.

Opino que esta esperanza política de Medina es inalcanzable sin una profunda transformación social y económica de nuestro capitalismo periférico, pero ése es un tema que me preocupa sobremanera, y sobre el cual siento la necesidad de un diálogo sostenido. El diálogo que esperaba tener con don Pepe. Ya no podré hacerlo, pero permanecen sus escritos en los cuales podemos recoger todavía un reflejo de lo que fue su inteligencia profunda y vivaz.

Palabras de Enrique V. Iglesias

Al dar por terminado este acto recordatorio, doy así cumplimiento a un deseo de muchos de los aquí presentes de rendir a don José el homenaje que se merece como uno de los valores intelectuales más importantes y significativos que han pasado por esta casa y por América Latina. Estoy cierto que este acto hubiera despertado en don José una silenciosa protesta, porque estaría violentando uno de sus rasgos más hermosos, su infinita modestia, que como acaba de decir don Raúl Prebisch, llegaba a todos y conmovía a todos. Los amigos, alumnos y colegas que han hablado hoy han dado ya una visión de lo que ha sido la influencia intelectual de don José; pero yo diría que nos han dado solamente el índice de lo que ha sido esa influencia intelectual. Ella estuvo detrás de grandes ideas en esta casa, y significó una fuerza nueva y renovada en el pensamiento de la CEPAL, que contribuyó a crear una sensibilidad frente a los problemas sociales, que guió a muchos en esta institución, dándole así a nuestra presencia en América Latina algo más que un mero economicismo, y llevando al tema del desarrollo sus profundas connotaciones humanas y sociales.

Como bien han dicho quienes me han precedido esta tarde, resta mucho por hurgar y explorar en el pensamiento de don José, para conocerlo y difundirlo. Su presencia nunca será suficientemente evaluada en un acto como éste; deberá quedar para el estudio, el análisis, las publicaciones y otros encuentros en donde seguiremos profundizando en su legado.

Quisiera simplemente recordar algunos rasgos de esa presencia que me impresionaron profundamente. Hace un par de años volví de España diciéndome que su casa estaba donde estaban sus amigos, y así volví a esta institución, que le pertenecía por derecho propio.

Y en aquel momento descubrí al hombre bajo dos nuevas facetas: su infinita frescura intelectual, que apabullaba a su edad, y esa obstinada lealtad a ciertos

valores fundamentales en su vida. Una frescura que demostró en sus últimos escritos, pues pocas cosas escribía con tanta inspiración y entusiasmo como las vinculadas a la democracia, que hoy es, sin duda alguna, una de las grandes preocupaciones de nuestra América y del mundo entero.

Sin embargo, la prevalencia de la democracia como forma de vida para lograr la superación del hombre no era el único tema que le preocupaba; yo tuve con él largas conversaciones en donde introdujo una dimensión a la cual nosotros no hemos dado suficiente importancia: su preocupación por el futuro. Traspasadas ya las siete décadas de vida, don José era quien en esta institución más se interesaba por el futuro de la humanidad y nos trajo áreas nuevas, inexploradas, que muchas veces abordaban, ya en el límite de la imaginación y con gran idealismo y frescura, el futuro del hombre. Don José cerró su vida preocupado por el futuro de la humanidad, por esas cosas que, muchas veces, a los que estamos lidiando con los problemas concretos de un modelo de desarrollo o las alternativas de una política económica, nos parecen esotéricas o románticas. El quiso acercarnos a su preocupación por el futuro de la humanidad, que todavía no ha sido recogida como debiera en nuestra propia institución.

Don José nos dio también otra lección que ha sido exaltada esta tarde con su obstinada lealtad a los valores que definieron toda su vida: a la libertad del hombre en todos los planos, al uso de la razón como forma de entendimiento en las sociedades, a la justicia sin

estridencias. Don José fue un leal defensor de esos valores, serenamente, por la prevalencia del buen juicio y sobre todo por su gran confianza, que señalaba hace un instante Gurrieri, en la razón como valor fundamental.

Todo esto me hace repetir lo que tuve ocasión de recordar al despedir sus restos mortales. Que será recordado por nosotros como uno de los hombres que más han dado a esta casa, no solamente como pensamiento, sino como ejemplo de vida, como ejemplo de hombre cabal y leal.

Nosotros, señora, hemos querido hoy hacer un homenaje excepcional al dedicarle a su padre una Sala, pues nunca hemos hecho algo similar en esta casa. El Secretario General ha aceptado complacido, y yo lo hago con una infinita satisfacción. Trasmítale usted a su madre y a su hermano la gran simpatía con que recordamos a don José en esta ceremonia, y dígales que al dar el nombre de su padre a un rincón de esta casa —un rincón donde seguramente los que estamos ahora y los que nos sucederán hablarán mucho y discurrirán mucho, como decía su padre— estamos dejando aquí el espíritu de don José, en una forma modesta y sencilla. Queremos que la imagen y el recuerdo de su padre, mencionado muchas veces en la Sala Medina, como así habrá de llamarse a partir de hoy la Sala que usted nos acompañará a inaugurar, nos inspire a todos nosotros y a aquellos que nos sucederán. Yo la invito, señora, a que usted nos acompañe a todos a descubrir la placa que en la Sala Medina habrá de inmortalizar el nombre de don José. Queremos de ese modo cerrar este acto de conmemoración y homenaje.